

VIII.

El despertar de Jacobo fué alegre: había ganado la noche antes jugando en el Casino hasta las cuatro de la mañana, más de cinco mil duros. Hay, sin embargo, algo en el hombre que despierta antes que la razón y los sentidos, y levanta la voz y grita y no calla ni aún en esos momentos de duermevela en que flotan las ideas como cabos sueltos, sin que la voluntad, dormida todavía, haya tenido tiempo de atarlas y enderezarlas ó torcerlas á su albedrío. Este algo se llama remordimiento, y él con su punzante aguijón, puso ante los ojos de Jacobo, antes que los cinco mil duros ganados, las aterradas fisonomías de la mujer y de los hijos del que los había perdido, padre de familia, jugador de oficio, marcado con ese sello de desdicha común á los del gremio,

que por ser desdicha buscada, no despierta hácia ellos mismos compasión, sino enojo. En las ganancias del juego, ha dicho uno, hay siempre algo parecido al robo, porque con razón puede decirse que se toma lo ajeno contra la voluntad de su dueño; y si bien es cierto que se gana este dinero ajeno exponiendo el propio, también lo es que los ladrones en cuadrilla exponen sus vidas en las encrucijadas de los caminos, y la vida, aunque sea de un facineroso, vale más que el dinero.

Volvióse Jacobo del otro lado, ahogando estas reflexiones con su voluntad ya despierta, y tiró de la campanilla murmurando entre dientes:

Amar á nuestro prójimo
Nos manda la doctrina,
Y al prójimo en la guerra,
Le dan contra una esquina.

Entró Damián, trayendo como todos los días el correo y los periódicos, que puso al alcance de la mano de Jacobo sobre la mesa de noche. Abrió luego las persianas, recorrió las cortinas y entró en el cuarto de vestir, para preparar el agua caliente y la ropa del señorito. Habían dado ya las doce y media.

Era Jacobo muy perezoso y costábale gran trabajo arrancarse del lecho; dió en él varias vueltas, estirándose y revolviéndose, con esa dejadez del que no tiene cuidados, ni le espe-

ran obligaciones, ni encuentra para saludar al nuevo día otra fórmula, otra oración, otro brote del sentimiento, que un prolongado bostezo. Decidióse al fin á sacar una mano, y tomó de sobre la mesilla de noche las varias cartas; eran éstas cuatro ó cinco, y llamóle la atención desde luego, una grande y cuadrada que traía el sello del Congreso, porque parecióle notar al tacto que venía en el interior además del papel, un pequeño objeto redondo. Dióle vueltas por todos lados examinando el sobre con esa nécia perplejidad que al recibir una carta de letra desconocida, nos impulsa á conjeturar y adivinar lo que con solo romper el sello podemos saber de cierto. Hizolo así al cabo, raspando el sobre por completo, y á la duda sucedió entónces en él la sorpresa y el azoramiento; encontróse con un pliego en blanco, de papel muy recio, doblado por la mitad en dos partes; en la superior destacábase cuidadosamente pegado con goma, un gran sello de lacre verde, del diámetro de medio duro.....Al pronto no distinguió bien Jacobo lo que era aquello; llegaba la luz muy debilitada, filtrándose por los visillos del balcón, y la gran cortina de tul bordado, en una sola pieza, que arrancando de los lambrequines de damasco amarillo, llegaba hasta el suelo barriendo la alfombra. Con grande ansiedad incorporóse bruscamente, inclinando el cuerpo fuera del lecho para buscar la luz, y pudo distinguir entónces en todos sus detalles la empresa del sello: eran la escuadra y el

compás cruzados en forma de rombo, y la rama de acacia, emblema de los masones

Una sospecha terrible, una idea aterradora con visos ya de evidencia, cruzó al punto por su mente cual un pájaro siniestro. Arrojóse de un salto del lecho y corrió al balcón para examinar con mejor luz todavía, la extraña carta y el misterioso sello...Na había duda: si no era el mismo, era igual á uno de los que había arrancado él en Paris en el Grand-Hotel, de los cartapacios que en la logia de Milan le habían entregado....¿Qué significaba, pues, aquello?.....¿Era una broma? ¿Un aviso? ¿Una amenaza?

Con los ojos muy abiertos quedóse mirando á la calle, como si buscase allí la solución á sus dudas, la respuesta á sus temores...Frente por frente de la suya estaba la gran casa del Marqués de Riera, cerrada hacía tantos años, con ese aspecto de secreto, ese aire de misterio, que parecen tomar los edificios abandonados por largo tiempo, haciendo fantasear á la imaginación detrás de sus muros, recuerdos de crímenes y sombras de aparecidos. El día estaba triste; uno de esos días de lluvia menuda y continua, en que sólo se ven en el suelo cieno y lodazales, y en el cielo nubes pardas, inmóviles, pegajosas, que parecen lamer las torres y las cúpulas, cual la viscosa baba de un monstruo inmenso. Los transeuntes cruzaban por la acera muy de prisa, armados de paraguas é impermeables, chapalateando sobre el fango que salpicaba las sayas reman-

gadas de las mujeres, los pantalones recogidos o las altas botas de los hombres. Un capitán de lanceros, muy gordo y rubicundo, bajaba de la Puerta del Sol, pisando muy fuerte, con las espuelas y las polainas manchadas de ciéno, calada la corta capota azul con vueltas blancas: antojósele a Jacobo que aquel militar era de la clase de tropa, que iría al Ministerio de Guerra, y siguióle con la vista muy atentamente... Mas el militar dobló la esquina de la casa de Riera, dando un resbalón, y desapareció por la calle del Turco... ¡La calle del Turco!... ¡Ah! ¡la calle del Turco!... Allí se había cometido cuatro años atrás un asesinato, otro asesinato en la persona de un hombre famoso, de un amigo que le había hecho á él grandes favores, favores de lobo á lobo, pero al fin y al cabo siempre favores... También entonces habíase vislumbrado en *aquellos* la mano de los masones, y él ¡oh! él sabía bien á que atenerse... Por eso tuvo que huir á toda prisa, impulsado por el destino—¡pícaro destino!—que le arrebatava a Constantinopla a resbalar en otro charco de sangre, y a emprender otra fuga á Italia, á Francia á España más tarde...

Jacobo sintió mucho frío, un frío muy grande y muy natural, porque estaba medio desnudo, y que pareciale á él le penetraba las carnes, y le llegaba hasta los huesos y le pasaba el alma de parte á parte, con una sensación glacial y desagradable que se le figuraba semejante a la de la hoja de un puñal, al hundirse en un pecho. Volvióse á la cama bus-

cando el calor de las mantas, y acurrucóse entre ellas, escondiendo el rostro entre las almohadas para pensar, para reflexionar, para meditar, para no mirar al hueco del balcón, donde le parecía ver al general Prim, y la Cadina Saharai y al ennuco estrangulado, dándose las manos, haciéndole cortesías, como hacen los actores cuando salen á la escena a recibir la ovación al final de un drama. ¡Y él, que se había despertado tan alegre, imaginando el medio de ocultar á sus acreedores los cinco mil duros ganados!

Damián asomó discretamente la cabeza, preguntando si el Sr. Marqués no iba á levantarse, porque el agua caliente se enfriaba.

—Allá voy...allá voy,—respondió Jacobo.

Y mientras se calzaba las pantuflas y se envolvía en una bata de abrigo muy bien enguatada, iba discurrendo que el modo seguro de averiguar de cierto lo que sobre el particular hubiera, era preguntar al tío Frasquito lo que había hecho de aquellos tres sellos que en el Grand Hotel le había regalado.

Quedóse con esto más tranquilo, casi sereno del todo: indudable era que se reducía aquello á una necia broma...Cierto que habíale sucedido a él en aquel negocio espinosísimo, lo que acontece á todos los caracteres fogosos; que una vez dado el primer empuje, caen luego en la mayor apatía, abandonando los planes con tanta rapidez fraguados y con tanta lentitud emprendidos. Mas tampoco era verosímil que al cabo de año y medio de silencio absolu-

to, de completo olvido, salieran los masones reclamando los papeles é iniciando su petición con la ridícula bromita —muy en carácter por cierto— de enviarle un sellito...Y además— ¡que demonio!—á él le habían entregado unos papeles para el rey Amadeo, y el rey Amadeo se había ido. Iba á correr de ceca en meca en busca del rey cesante?...¿Y con qué derecho le pedía cuentas la masonería española, perteneciendo él á la italiana? Porque la carta era de Madrid mismo, puesto que el sello del Congreso la franqueaba...Nada, nada, fuera temores, que el derecho era suyo. ¡Qué demonio! á quin Dios se la dió San Pedro se la bendiga, y el que está más cerca de la cabra, ese la mama.

Púsose Damián á afeitarle como todos los días, y al sentir sobre la garganta el frío del acero, no pudo contener un estremecimiento, de espanto...Un ligero golpecito, un leve movimiento, y corría la sangre, y vendría la muerte, y se acabaría la vida allí mismo, sin auxilio, sin remedio, pasando de la agonía á la sombra pavorosa de eso que llaman eterno, corriendo por Madrid la noticia del *Crimen de la calle de Alcalá*, como había corrido cuatro años antes, la del crimen impune y misterioso de la calle del Turco...Y aquel ligero golpecito, aquel leve movimiento, podía determinar en la mano de Damián, otro ligero golpecito del oro de los masones. Porque ¿qué sabía él lo que era Damián?...Un pícaro probablemente, un bribón como todos, puesto que

á juzgar por lo que de sí mismo sentía él, sólo pueden admitirse dos clases de hombres: los ahorcados y los que merecen serlo.

Rióse al cabo de sus locas imaginaciones, y vestido ya del todo, pidió un sombrero, unos guantes, un paraguas....

—¿El Sr. Marqués almorzará en casa?.....

—No.

—El cochero espera la orden.....

—Que se vaya, que vuelva á las cuatro.

Y se dirigió á la puerta, para retroceder al momento... ¡Qué tontería! Quizá en alguna de aquellas otras cartas que había olvidado en su azoramiento, vendría algún dato, alguna explicación de la estúpida broma del sellito. Abriólas una á una y una á una las fué arrojando con furia sobre la gran piel de oso blanco, colocada al lado del lecho.....Nada, nada: una invitación para un baile, una carta de Angel Castropardo preguntando si le acompañaría á cenar aquella noche con las bufas de Arderius después del teatro, una diatriba de un acreedor exasperado que le amenazaba con el embargo.....

Seguía cayendo aquella lluvia menuda, lenta, constante, que cala hasta los huesos y los enfría, como cala hasta el corazón y lo hiela, un pensamiento triste y monótono que no se puede desechar. En las Cuatro calles, frente á las ruinas *seculares* de la calle de Sevilla, coronadas ya como las de Itálica por el amarillo jaramago, tomó Jacobo un simón para evi-

tar la afluencia, eterna en aquel sitio, de gentes que van y vienen, formando en las aceras cordones interminables de hombres, de mujeres, de niños, cobijados todos aquel día, bajo sus paraguas, que remedaban yendo y viniendo y cruzándose, una larga procesión, una contradanza fantástica de hongos f-nomenales. Diez minutos después, apeábase á la puerta del tío Frasquito.

Peinado, teñido y reluciente de puro limpio, sentábase éste á la mesa para almorzar, en su lindo comedor perfectamente caldeado por magnífica chimenea de mármol negro, atestada de leña. Con el ansia cariñosa con que recibe todo el que tiene gana de charlar, a cualquiera que puede servir de auditorio, recibió el viejo á Jacobo, mandando al punto poner otro cubierto en la mesa.....Necesitaba él desahogarse, porque el berrenchin, el bochorno que había pasado el día anterior, aún no le había salido del cuerpo. Las cosas de Diógenes iban llegando á un extremo, que si hubiera en Madrid autoridades, si hubiera en España un gobierno, se castigarían lo menos, lo menos con cadena perpétua.....¡Oh! ¡lo del día anterior merecía por primera providencia que le cortasen la mano derecha! ¡Burlarse de ese modo de todas las señoras de Madrid, congregadas para un asunto piadoso! ¡Poner en evidencia, en ridículo, en berlina, á tres... á dos personas respetables; porque el tal Pulidete, era un *parvenu*, un *cursi*, un cualquier cosa, que se lo tenía todo muy bien mereci-

do..... Mentira parecíale que Pepe Butrón, un hombre de gran talento, se hubiese *tirado una plancha* semejante, y sin duda fué el Pulidete quien le dió el mal consejo. ¡Proponer á María Villasis para Presidenta!...¡Si esto no se le ocurre ni á él que asó la manteca!...Y claro está; sucedió lo que tenía que suceder, que la muy mojigata dió con todo al traste, pero con un otrevimiento, con una insolencia, aludiendo claramente á la pobre Curra, diciendo con una risita de mil demonios, que su modestia le impedía ser ella Presidenta, donde había una Vicepresidenta tan digna...Y la pobre Curra calló por prudencia; pero bien se le conoció que quedaba sentidísima.....

Hizo aquí una pausa, tragóse un buen bocado, preparó otro muy grande, y dijo mientras tanto:

—Perro no comes, hombre..—Si no has tomado más que las ostras.

—No tengo ganas.....

—Ni yo tampoco..—Porr supuesto, que lo mejorr que ha podido sucederr, es lo que ha sucedido; porrrque si mi sobrina Villasis llega á serr Presidenta, quedaban rreducidas las obras de la Asociación á novenas y triduos de rrogativas, y á las limosnitas rrecogidas porrr las socias á la puerrrta de las iglesias.....Y ni aún esto siquieerrrra; porque yo mismo le he oido decir, yo, yo mismo,—y el tío Frasquito, con ademán imponente, se tiraba de una oreja —que es un escándalo, una profanación, poner rreclamos de niñas bonitas á la puerrrta

de las iglesias. ¡Vaya V. á verr qué modo de entenderr las cosas!... Perrro en fin, los pobrecitos heridos no se quedarrán sin socorro, y lo que la perrfecta viuda les quita por un lado, se los proporrcionarrá porr otro la picarraa Samarritana. Porrque Curra, con ese corrrazonazo que tiene,—¡clarro está!—¡lo ha tomado con un calor con un empeño!...y lo que es la *Kerrmesse*, ha de darr mucho dinerrro... Anoche como no estuviste allí, no podrías enterrarte, perrro se trata ahorrra de buscarr el sitio; unos dicen que en la platterría, de Marrtínez, otros que en el Real. ¿Qué te parrrece?.....

Jacobo, aburrído de aquella charla insustancial y mujeriega, estuvo por decir que le parecía mejor la punta de un cuerno, y el tío Frasquito, viendo que no contestaba, se apresuró á añadir:

—Yo creo que en el Real...—En la *Operra* se hizo la de Parrris cuando los inundados de Szegedin, y estuvo brillantísima... Perrro francamente, le temo á Diógenes, que se colocarrá allí, de segurro... Le temo, le temo; te digo que le temo. Porrque ¿qué se hace uno, si ni aun queda el rrecurro de desafiarrlo?...

—¿Que no?—replicó Jacobo riendo á pesar suyo. Desafiálo tú, y córtale las orejas.

—¡Oh! ¡lo que es porr mí no quedarrá!—exclamó lleno de ardor bélico el tío Frasquito..... ¡Perrro si es imposible! ¿Sabes lo que pasó con Paco la Granda... otro animal como él?..... Pues le hizo Diógenes una barrrabasa.

da y Paco le mandó sus padrinos. Diógenes dijo que sí, que se batirría; perrro como le tocaba la elección de armas, exigió que el dueño fuerra á cañonazos; ¡figúrrate tú!... Paco le envió á decir entónces que donde quierra que le encontráse le darria de bofetadas; Diógenes le contestò que se le acerrcarra si podía... Y se le acerrró en efecto. ¡Perrro parra qué, Jacobo, parra qué?... Parra que el animal de Diógenes, como es tan grandote, le diese una estacado que le rrompiò dos costillas... ¡dos costillas!..... ¡No creas que exagerro, dos costillas!...

Y el tío Frasquito, rebosando indignación, palpábase con el reverso de la mano, el sitio en que naturales ó postizas, debía de tener las suyas.

Jacobo nada decía, y comenzando el viejo á notar su preocupación, indicóle bonitamente que el almuerzo terminaba, y le estaba ya estorbando.

—Pues creo que pondremos al fin la *Kerrmesse* en el Rreal, dijo... Ahorra mismo voy á casa de Curra, parra que decidamos... ¿Cómo no has almorrzado tu allí hoy?.....

Jacobo arrojó la servilleta hecha un lío encima de la mesa, y dijo gravemente mirando al tío Frasquito:

—Porque necesitaba hablarte.

—¡Yal!—exclamó el viejo.

Y abrió palmo y medio de boca, y púsose muy azorado, porque desde aquella noche falta en que descubrió Jacobo en el Grand Ho-

tel el secreto de su peluca y de sus dientes, mirábale y temíale con ese temeroso recelo que inspira siempre la persona que puede perder nuestra reputación ó nuestra fortuna, con sólo dar suelta un poquito á la lengua. No le deseaba la muerte; pero hubiérale visto con gusto descender á la tumba, con tal que llevase á ella el secreto. Jacobo preguntó:

—¿Te acuerdas de aquella noche en que se te quemó el gorro de dormir en el Grand-Hotel?....

Alborotóse el tío Frasquito pensando—¡ciertos son toros!—é inmutado y nervioso y lleno de sobresalto, comenzó á mirar á los criados, diciendo por lo bajo:

—¡Calla, hombre, calla!...—En el *boudoir* tomaremos el café, y allí nadie vendrá á incomodarnos....

Porque el tío Frasquito tenía también su *boudoir*; un verdadero *boudoir* de dama elegante, atestada de todas esas chucherías que llaman los franceses *bibelots*, y han venido á sustituir en los palacios modernos á las antiguas obras de arte. No faltaban allí sin embargo éstas, y era lo más notable el retrato de un caballero, tipo de arrogancia á varonil hermosura, pintado por Van Dyck en Inglaterra, al mismo tiempo que aquel otro famoso de Carlos I, imagen admirable en que se refleja junto al orgullo del monarca, una especie de adivinación de su trágica desventura. Era aquel personaje el quinto Duque de Aldama, emba-

jador de Londres de Felipe IV, y era el tío Frasquito hijo tercero del vigésimo Duque del mismo nombre. Al pié del retrato había colgadas una daga y una espada de gabilanes, de esquisita labor y gran precio, que habían pertenecido al personaje. Frente por frente, en muy buena luz colocado, había un pulido bastidor de caoba, en que el tío Frasquito, nieto en el siglo XIX del prócer del siglo XVII, bordaba en tapicería unas preciosas babuchas.

Sirvieron el café, Jacobo habíase dejado caer negligentemente en una butaca, con la pierna derecha por encima del brazo de esta, y puéstose á fumar el exquisito cigarro puro que le ofreció el tío Frasquito. Este sacó con mucho misterio una preciosa tabaquera de oro, guarnecida de brillantes, con el retrato de la reina María Luisa en la tapa, y tomó un polvo de rapé haciendo mohines picarezcos:

—Es mi vicio.—decía: nadie lo sabe; un secreto...*Péche caché, est tout á fait pardonné.*

Y estornudó por tres veces, haciendo figuras y monadas con que creía apartar de la mente de Jacobo la maldita idea del gorro quemado; más éste, no bien salieron los criados, después de servir el legítimo ron de la Jamaica, tornó á preguntar:

—¿Te acuerdas de aquella noche?.....

El tío Frasquito contestó un—¡Si!—tímido y vergonzoso, cual si le recorrdase la pregunta algún crimen nefando.

Jacobo volvió á preguntar:

—¿Y te acuerdas de unos sellos de lacre, dos verdes y uno rojo que te regalé aquella noche?....

—Si,—replicó el tío Frasquito más animado.

—¿Qué has hecho de ellos?.....

—En mi álbum los tengo...—¿Quieres verlos?.....

—Enséñamelos.

El tío Frasquito, libre ya de temores, volvióse vivamente, y arrastró hácia Jacobo un precioso caballete, sobre el cual descansaba un gran infolio una especie de libro de coro, cuyas lujosas tapas eran una obra de arte, un mosaico acabadísimo, hecho sobre piel de zapa, con peregrinos dibujos y colores muy vivos, formando el todo un conjunto digno de competir con las más lujosas encuadernaciones antiguas que se admiran en la Biblioteca del Vaticano; cerraba el libro un gran broche de acero calado, representando las armas de los Aldamas, rematadas por la corona ducal del jefe de la casa.

—No hay otra elección igual, es la primera de Europa,—decía el tío Frasquito abriendo el libro sobre el caballete, con el ardor de un *amateur* que luce sus aficiones.

Y se puso á repasar el índice, porque estaba el libro dividido en varias partes: sellos, reales, nacionales, particulares y miscelánea. El tío Frasquito buscaba en la miscelánea, y dió al fin con ellos, en la pág. 117.—*Sellos masónicos.*—*Marqués de Sabadell.*—Porque tenía la

atención el coleccionista, de apuntar siempre junto al donativo el nombre del donante.

Apareció al fin la pag. 117...y el tío Frasquito miró á Jacobo estupefacto, y Jacobo miró al tío Frasquito horriblemente pálido. Las numerosas casillas de la hoja aparecían cubiertas de sellos, excepto dos de ellas que estaban en blanco; en ambas decía arriba:—*Masónico*,—y abajo:—*Marqués de Sabadell.*—Los sellos habían desaparecido, y notábanse sobre la finvitela las asperezas de la goma con que habían estado sujetos. Jacobo con voz ahogada y gesto de medrosa ansia, dijo entónces:

—El otro...el rojo...—¿dónde está?....

Asustado el tío Frasquito al notar la emoción de Jacobo, no acertaba á decir palabra temiéndose algo sordo, y comenzó á buscar precipitadamente entre los sellos reales, murmurando aturdido:

—De Víctor Manuel erra, me acuerdo muy bien... Estará entre los soberanos de Italia; con un Duque de Parma y un Fernando de Nápoles lo puse...Porque la Italia una, no me pasa; vamos, que no me pasa.....

Q apareció al fin después de mucho revolver la pag. 98, llena de sellos reales, y entre uno del último Duque de Parma reinante, y otro de Fernando de Nápoles, hallaron otra casilla, en blanco. Arriba decía: *Rey de Cerdeña*,—debajo:—*Marqués de Sabadell.*

Dió entónces Jacobo una gran puñada en el brazo de la butaca, diciendo con voz sorda:

—¡Me has perdido! ...

—¡Ay Jesús, Jacobito!...¡Porr Dios, dímelo!...¿Qué pasa?—exclamó el tío Frasquito muerto de susto.

—¡Me has perdido!...¡Me has perdido!—repetía Jacobo.

Y bajo la impresión del temor y el aturdimiento, confió con su impremeditación ordinaria al necio viejo, si no la parte más culpable, la más peligrosa al menos de la aventura de los masones. El tío Frasquito, muerto de miedo, creyendo ver brotar puñales masónicos á través de la mullida alfombra, comenzó á dar vueltas desatinado, tropezando por todas partes como corneja puesta de repente á la luz del sol.

—¡Ay, ay, ay, Santa María, qué berrengenal!—Porr supuesto, Jacobito, que tú te acorrarrás muy bien de que yo no querría tomarr. Porr complacerre, por darrte gusto los tomé y me arrepiento; que yo no los necesitaba, ni quiero nada con esos señores. ¿Te enterras? Y conmigo no cuentes, porque yo lo digo todo, todo, clarrito, clarrito, y me lavo las manos.....

Detúvose de pronto y dióse una gran palmada en la frente, como quien ata de improviso un cabo importante. ¡Tú, tú, tú!.....Aumentóse su terror, y fuéle preciso sentarse.

—¡Ahorra lo entiendo todo!...—Ahorra me lo explico y lo veo claro...¡Santa Marría, lo que me está pasando!...

—¿Qué?—dijo Jacobo con ánsia.

La emoción de éste parecía haber pasado al tío Frasquito, y conociendo el pobre viejo su debilidad, decidióse á buscar apoyo en el mas fuerte...Cogió por un brazo á Jacobo y llevólo sigilosamente á su alcoba, nido risueño, tapizado con seda de Persia celeste, cubierto el pavimento de pieles blancas, con una cama de palo de rosa muy baja, muy aérea, vago conjunto de encajes, holandas y sedas celestes, semejantes á una crespada ola del mar, coronada de espumas blancas. Había allí un mueble precioso, también de palo de rosa, con cerraduras de plata, donde el tío Frasquito guardaba los papeles importantes; abrió un cajoncito y sacó un paquete de cartas.

¡Lo que le estaba pasando hacía más de tres meses!...Si aquello era para volver loco al más pintado: primero le incomodó, dióle después rabia, y al presente, ahora, en aquel momento, le espantaba; vamos que le espantaba, que le ponía los pelos de punta!...

—Un día, me acuerro muy bien,—el nueve de Diciembre, recibí por el correo una carreta de San Peterrburgo.....

Y el tío Frasquito sacaba la primera del paquete, cuyo sello tenía, en efecto, la efigie del Czar Alejandro II.

—¿De San Peterrburgo?...—La abrí extrañado, y me encontré con esto.....

Y abría á la vez que hablaba, la carta, poniendo ante los ojos atónicos de Jacobo un pliego en blanco, en cuyo centro se leía escrita esta sola palabra: